

LA TROMPETA DE LA REVOLUCION,

PERIÓDICO REPUBLICANO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Palma.—En la administracion calle de Palacio núm. 4,
rente la ex-cárcel.—Ibiza. D. José Verdera.

Sale todos los domingos.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un real y medio al mes en toda España.—Un número
suelto, medio real.

LA RESTAURACION Y EL EJÉRCITO.

Nada más curioso, nada más digno de observacion y de estudio que el estado de ánimo de los alfonsos durante la larga crisis porque la actual situacion atraviesa. Apenas se indica que la política exclusivamente conservadora triunfa, que el Ministerio se modifica en ese sentido, y que se piensa en borrar más ó menos lentamente de las columnas de la *Gaceta* la palabra República, cuando, abriendo su corazón á las más halagüeñas esperanzas, los partidarios del ex-príncipe creen ya suya la situacion, sin duda por aquello de que las cosas caen del lado que se inclinan.

Paréceles entonces patriótico el golpe del 3 de Enero, natural lo ocurrido en aquellos dias, lógica la marcha política que se ha seguido, y salvadora la dictadura.

Mas apenas se habla de alguna resolucion que tienda á afirmar esta República, apenas se indica que el Gobierno será reforzado con elementos de campo más avanzado, y que se tiende a dar un carácter de legalidad y permanencia al presente orden de cosas, cuando ya reniegan del acto llevado á cabo por el general Pavía, de la marcha política seguida desde entonces, de los hombres que la ejecutan y de los exclusivismos del partido.

En vano se preguntará á uno de esos decididos partidarios del colegial de Viena con qué medios cuentan para lograr que las riendas del Gobierno vayan á sus manos; por qué causa se irritan de ese modo, cual si se vieran defraudados en justas y naturales expectativas, cuando observan que el poder se aleja de ellos; fué fuerza ó qué presion ha de empujar la situacion hasta su campo, y con qué recursos cuentan para sostenerse, teniendo, como han de tener, en frente al carlismo y á todos los partidos verdaderamente liberales, es decir, á la inmensa mayoría del país: á tales precisas preguntas, ellos, ó contestan con vaguedades ó con una frase que tampoco viene á decir cosa alguna en concreto; tal es cuando dicen: «para el triunfo y defensa de nuestros propósitos contamos con la fuerza de las circunstancias, con las clases con-

servadoras y con el ejército.» Acaso, y nosotros nos inclinamos á creerlo, tengan algunos otros medios, pues con los que de esos elementos tienen en realidad no pueden prometérselas muy felices.

La fuerza de las circunstancias es, de todas las frases usadas frecuentemente en la política, la que se emplea para justificarlo todo, para sostenerlo todo, para esperarlo todo, sin meterse en más honduras ni averiguaciones; es de todos los lugares comunes aquel de que más se abusa; es, en fin, el único poder sobrehumano ante el cual se postran los que no tienen fe en las ideas ni firmeza en los principios.

Las clases conservadores, de las cuales la mayoría de los partidos pretenden ser representantes, se encuentran distribuidas entre todos ellos de tal modo, que es punto menos que imposible decidir cuál de ellos está autorizado para hablar en su nombre; pues si por clases conservadoras se entienden hoy, según parece, las formadas por aquellos individuos que temen todo movimiento revolucionario por recelo á perder en los embates de aquel sus ventajas de posicion y de fortuna, entonces hay que confesar que con una parte de esas clases cuentan los carlistas, porque hombres de fortuna y posicion hay entre ellos; que con otra cuentan los partidos que forman la situacion actual, y que hasta en el partido republicano militan gran número de individuos que á esas clases pertenecen.

Es, por tanto, vana presuncion del alfonsismo el pretender abrogarse exclusivamente una representacion de la cual ciertamente sólo le toca una parte no muy grande. Queda, pues, el ejército como el elemento de esperanza para la restauracion, y en verdad que este asunto bien merece una atencion preferente.

No hay más que escuchar á un alfonsino en sus momentos de expansion, no hay más que leer en un periódico de ese partido los elogios sin cuento que con el menor motivo al ejército tributa, para convencerse de que es por ese lado por donde ellos esperan el suspirado advenimiento. Ninguno de los partidarios del ex-príncipe hace un misterio de este asunto y al verles enumerar los jefes militares que, participando de su

opinion, ocupan puestos y desempeñan cargos de más ó ménos importancia, los cuerpos que son adictos á la solucion borbónica y las manifestaciones particulares que ha habido en el sentido indicado y al oírles afirmar que ese espíritu cunde y se propaga constantemente en las filas, cualquiera diría que tocan ya el triunfo con la mano y que casi les basta solo querer para lograr su deseo.

Por nuestra parte confesamos que, poco conocedores de la opinion y tendencia de los jefes que ellos designan y del alcance de sus trabajos, no podemos calcular hasta que punto serán fundadas tales ilusiones y tales esperanzas; pero creemos que si el Gobierno actual, como hasta ahora aparece se halla frente al alfonsismo, no estará desprovisto del instinto de conservacion y no entregará los mandos militares de importancia á quien en un momento dado puede convertirse en su enemigo. Además, en el ejército hay aún gran número de generales, jefes y oficiales que á la revolucion de setiembre deben toda su carrera; que antes de la batalla de Alcolea tenían grados secundarios y hoy ocupan altos puestos; que de un solo salto subieron varios escalones por sublevarse contra la dinastía borbónica y que por mucho que les ofusque la ambicion no pueden olvidar que jamás por los Borbones serán sinceramente perdonados.

Mas si, á pesar de estas consideraciones nos equivocásemos; si por abandono, por torpeza ó por connivencia de los que tanto interés tienen en impedir el advenimiento del alfonsismo, tal acontecimiento se realizara y tuviera que sufrir la pátria tan grande ignominia, no lograria la restauracion con esos elementos lo que en España es mucho más difícil que subir al poder: no lograria sostenerse.

Pasados los primeros momentos que á tal suceso se siguiera, momentos en que todo al parecer seria entre los fautores del hecho expansion y contento, reconciliacion y olvido, perdon y recompensa, ocurriria lo que para la gran mayoría de los españoles es un hecho fatal é inevitable ocurriria que poco á poco D. Alfonso se iria apoyando en aquellos elementos que le han permanecido fieles en la desgracia y poco á poco se iria descartando de los que, cuando tuvieron interés, contribuyeron á arrancar la corona de las sienes de doña Isabel, y, cuando les convino, ayudaron á colocar en el trono al ex-príncipe; y como este tendria enfrente todos los partidos avanzados de nuestro pais, volverian las conspiraciones y los alzamientos, en los que por despecho no tomarian poca parte los mismos que á la restauracion habian servido de puente.

Ahora bien, ¿podria el alfonsino luchar contra tantos elementos acumulados? ¿podria contar

con el apoyo unánime del ejército para sostener esa lucha? No creemos que por grandes que sean las ilusiones de sus partidarios lleguen á tal extremo. Nadie ignora el hervidero de ambiciones que bulle en el corazon de una gran parte de los militares. Todos los dias se escucha á los periódicos que esas clases representan quejarse de este grave mal, que como asoladora epidemia á todas partes lleva sus estragos. ¿Cómo podria el alfonsismo extirpar el mal? ¿cómo podria impedir que un dia y otro conspiraran contra él los que, sintiendo en su ánimo el deseo de elevarse, recordaran esas rapidísimas carreras hechas por aquellos que se sublevaron contra los Borbones el 66? ¿cómo podria obligar al oficial, que vé esos capitanes de 20 años, esos comandantes de 25 y esos coroneles de 30 que por ahí pululan, á que se resignase á esperar una década por lo menos para pasar de teniente á capitán? ¿quitaría los grados que ha dado la Revolucion? Esto no es creible, porque todo el ejército, en más ó ménos, ha recibido algo. ¿Acrojaría de las filas á todo jefe ú oficial que tuviera por sospechoso? Nunca, con diversos pretextos, arrojó quinientos, y al cabo de año y medio se habia pronunciado como un solo hombre todo el ejército de Andalucía.

No hay, pues, salida en este asunto. Podrán los alfonsinos forjarse cuantas ilusiones quieran, y pensar que todo lo pueden con el apoyo que esperan del ejército. Por nuestra parte creemos muy difícil que el ejército traiga la restauracion; pero creemos imposible que la sostenga, y si, contra lo que esperamos levanta con sus bayonetas el trono de D. Alfonso, con las mismas contribuirá á derribarlo.

No es, pues, solucion el alfonsismo, porque no seria más que una situacion transitoria; si llegara á triunfar, los mismos elementos con que cuenta se convertirían en su daño. Esto sin contar con la fuerza y el poder de las ideas, sobre lo cual no hemos querido hablar, pues que eso no tiene sentido para ciertas gentes; pero que serian el principal ariete que demoleria tal orden de cosas, porque no cabe ya en los pueblos modernos más reinado que el de la democracia en toda su plenitud.

EL TRABAJO ANARQUICO.

Hallábame un dia, era en el mes de Octubre, en cierta ciudad de Francia, poco distante de una aldea que acababa de ser devorada por las llamas. Debía haber allí al siguiente dia una reunion de los habitantes de esta desgraciada aldea, convocados por la autoridad local con el objeto de socorrer á los más necesitados, y dar á cono-

rer los resultados de las suscripciones abiertas en favor de las víctimas del desastre.

Uno de mis amigos, comerciante en cuya casa me hallaba y que debía asistir á la reunion, me ofreció en su carruaje un lugar que acepté con gusto, y al siguiente día, como á eso de las doce, nos pusimos en camino. Llevábamos por compañeros de viaje á un magistrado, un empleado de rentas, y un fabricante de sedas.

Durante el camino la conversacion rodó naturalmente sobre los incendios, bien numerosos por cierto aquel año, y que habian puesto en consternacion á la Alemania, Inglaterra, América y á no pocos departamentos de la Francia.

El fabricante, que habia visto los desbordamientos de nuestros rios, contónos despues las inmensas desgracias que habian ocasionado, y pretendió que las inundaciones presentaban un espectáculo más desolador y espantoso que los incendios.

—Estos espectáculos son horribles, dije á mi vez; sin embargo, las guerras civiles y las revueltas populares de que he sido testigo en Lyon hace algunos años, dejan en el alma huellas más profundas de afliccion, que la vista de los desórdenes causados por los elementos. Estas coaliciones entre ciudadanos son tanto más lamentables, cuanto que nada seria más facil, al parecer, que el que viviese en paz todo el mundo y muy en breve dichoso, si cada uno de nosotros consintiese en despojarse de un tanto de egoismo en sus relaciones con los demás hombres.

—Bah! ¿y cómo queréis hacer reinar el acorde entre los hombres, me respondió el comerciante, cuando cada clase, cada individuo tiene intereses contrarios á los intereses de las otras clases, de los otros individuos?

Pues qué, no vé que al fabricante lo que le interesa es hacer trabajar mucho á sus operarios y darles poco salario, mientras que al trabajador lo que le conviene es trabajar poco y hacerse pagar con creces su tiempo y sus sudores?

Cada fabricante, cada comerciante ve, y en esto está en su derecho, en cada uno de sus compañeros un concurrente peigroso cuyos intereses son incompatibles con los suyos.

El médico desea que haya muchas enfermedades, el abogado muchos pleitos, el militar desea la guerra, y no pocos que se alegran y especulan con los incendios, los naufragios, los entierros, etc., etc.

Ahora bien, vos comprendereis que esta oposicion general de los intereses debe inevitablemente dar origen á incesantes luchas, y de todas especies, pues es menester conocer, señores, que el interés personal es el móvil de las acciones de la inmensa mayoría de los hombres; así, en tanto que los intereses sean opuestos, no hay que es-

perar el destruir los choques y rencores; y mientras no haya completa libertad para cada uno y la carrera no esté abierta para todos, no hay que admirarse de que cada cuál tire para sí con todas sus fuerzas y que la concurrencia más espantosa invada todas las industrias.

No crean ustedes por esto que yo sea enemigo de la libertad; lejos de eso, soy su más ardiente partidario; pero quisiera que fuera posible conciliar este noble sentimiento con el orden. Aborrezco la tiranía, venga de donde venga, y bajo cualquier forma que se presente. Hallo que es harto deplorable, por ejemplo, que el rico pueda abatir implacablemente al pobre; que el productor bastante opulento pueda hacer sacrificios momentáneos, pueda arruinar á todos sus rivales, y desollar á mansalva á los consumidores cuando se queda dueño del campo.

TROMPETAZOS.

Concentrado hoy todo el interés de la política en la guerra del Norte, no extrañarán nuestros lectores reproduzcamos aquí los párrafos más salientes que desde Santander dirigen á nuestro apreciable colega la *Epoca*:

«Las posiciones de los carlistas, dice [el corresponsal de *La Epoca*, eran las alturas del monte Montañó, Mantes y San Fuentes. Partidas de menos consideracion coronaban las crestas de los montes de Galdames más próximas á San Pedro de Avanto.

En la noche del 24 se dispuso tender un puente de barcas sobre la ria de Somorrostro, al pié de Muzquiz, para facilitar el paso del ala izquierda, al mando del general Andia. Este, confiando el ataque al coronel Posadas, dispuso el paso de la ria, protegido por el fuego de una batería colocada en la cima de Monte-Janeo sobre Muzquiz.

Los carlistas rompieron el fuego hostilizando á nuestras tropas, que con heróico arrojo hicieron retirar á los carlistas á sus primitivas posiciones, que habian abandonado momentos ántes. Los soldados, á pecho descubierto, subian por aquellas pendientes y perseguian á los carlistas que se ocultaron en las trincheras formidables que tenian en Montañó, y desde donde, parapetados, obligaron a los valientes guerreros de Andia á retroceder, dejando muertos y heridos en el campo.

En tanto esto pasaba, el bizarro general Primo de Rivera, que mandaba el ala derecha, se habia situado marchando por la carretera en una casa mitad del camino entre San Martín de Somorrostro y San Pedro de Avanto. Una batería colocada en San Juan protegía este movimiento, y

dirigia—como la de Monte-Jarico—certeros disparos á las trincheras carlistas y á un formidable reducto que en la falda del monte habian construido.

Rudo fué el combate y sangrienta la pelea, pero desigual en demasia. Nuestros soldados subian las escarpadas pendientes de los picos en que se hallaban atrincherados los carlistas, y estos, sacando el cañon de sus fusiles por las aspilleras, *asesinaban* á nuestros bravos, que al solo grito de «¡Viva España!» dejaban allí sus vidas tan caras para nosotros.

Los oficiales, siempre á la cabeza, disputaban á sus hijos, así los llaman, el peligro y daban el ejemplo del valor español y de la abnegacion cristiana.

¡Cuánta heroicidad perdida! ¡Cuánta sangre derramada!

Los carlistas, fuertes de nueve batallones, fueron reforzados á las once de la mañana con otros seis de navarros al mando de Ollo y Radica. Unos y otros han sido diezmados por nuestra artillería; pero las pérdidas que nos ha causado el enemigo son grandes. Y debe esto decirse muy alto para levantar el espíritu público, y no bañarse en ilusiones como lo estamos haciendo todos.»

Los partidarios del *niño Alfonso* acabarán por ser más perjudiciales que los del *niño terso*, pues si aquellos arruinan la patria devastándola, esos la sujetan al potro de sus sufrimientos con sus torpes maquinaciones en contra de la República.

No nos pesa á nosotros que digan una y cien veces que son anti-republicanos; lo que nos duele es, el ver esos enemigos de la paz y del sosiego públicos enroscados en la situacion por complacencias criminales ó debilidades vergonzosas. Fuese el partido honrado, políticamente hablando y no viniera á ser fiel imágen de esa carcomida y podrida sociedad española educada en la triste escuela de un rey perjuro y de una reina olvidadiza.

Hoy, cuando España entera no tiene más que un solo pensamiento, el de esterminar á los partidarios del Borbon que, con las armas en la mano, sostienen el derecho á disponer de la voluntad y de los bienes de los españoles, los partidarios de otro Borbon quieren ahogar el entusiasmo nacional sembrando ódios y desconfianzas.

Cuéntase por los pasillos de la Asamblea de Versalles, que diciendo un diputado de la izquierda á M. de Broglie que el septenado con su actual política conducia el país en derechura al imperialismo, el vice-presidente del Consejo le

contestó «que lo preferia á ser ahorcado.» De ello se desprende, que en sentir de M. de Broglie, cualquier régimen es mas aceptable para Francia que la República.

Sea ó no exacta la frase atribuida al jefe del gabinete francés, ello es que no deja de ser un rasgo sintomático de la situacion. Aquel gobierno no se ocupa absolutamente de otra cosa que de vivir al dia y para ello trata de juntar á cualquier precio una mayoría, aunque sea de ocasion, con tal de salvar las carreteras. Así se explica como sostiene un nublado de equívocos, multiplica las reticencias y retiene á toda costa cuantos aliados le deparan las circunstancias, aguantando sus exigencias y hasta sus ultrajes.

Mientras se obtenga el fin, que es el poder, poco le importan la Francia y sus sufrimientos, la paralización de los negocios, los apuros del comercio y todo el catálogo de miserias que empiezan á mostrarse en aquel pueblo. Y en verdad ¿con qué derecho el país pediria que se fijen sus destinos, que se le infunda confianza en el porvenir para que renazcan los trabajos, si los señores hidalgos de Versalles conservan los puestos y la administracion de un estado provisional interminable, gracias al barniz monárquico de su mútua alianza, penosamente mantenida y más caramente comprada?

Con todo, entre los 350 miembros que forman con firmeza la mayoría llamada conservadora, los hay ya que no habiendo perdido todavía el sentido moral, les repugna ser cómplices del suicidio político á que mas ó menos embozadamente les llevan los rencores de M. de Broglie. Según indicios, una treintena existen por lo menos que solo aguardan el momento en que se provocará una gran crisis para desertar de las filas monárquicas en que hasta ahora han militado y aunque los mejor informados no dán este suceso como seguro, nada tiene de improbable si consideramos que las tendencias de M. de Broglie y demás secuaces deben traerle por razones de decoro el abandono cuando ménos de algunos de sus partidarios.

La ciega aversion de ciertos representantes hacia todo lo que trasciende á republicanismo es tan poderosa, que estos dias trataron de ridiculizar á la persona á quien más deben al mismo M. Thiers. Por razones de delicadeza muy fáciles de comprender, la Asamblea no ha nombrado nunca para ningun cargo á aquel ilustre personaje, á pesar de su carácter de diputado. M. Thiers asiste buenamente á las sesiones cuando le place.